

Zeitschrift: Archives héraldiques suisses = Schweizer Archiv für Heraldik = Archivio araldico svizzero : Archivum heraldicum

Herausgeber: Schweizerische Heraldische Gesellschaft

Band: 106 (1992)

Heft: 2

Artikel: Vexiloides en la conquista de Méjico = Vexilloïdes dans la conquête du Mexique

Autor: Zirión, Teodoro Amerlinck y

DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-745798>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 30.06.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

Vexiloides en la conquista de Méjico

TEODORO AMERLINCK Y ZIRIÓN

Independientemente de que actualmente se conmemora el encuentro (¿o será reencontro?) de Europa y América debe señalarse que la conquista de Méjico por España fue uno de los más importantes sucesos de la historia universal.

La región del mundo que hoy llamamos Méjico ha sido, desde hace muchísimos siglos, el asiento de grandes culturas y civilizaciones.

De éstas, la Maya, que se extendía en Mesoamérica, no estaba ya en florecimiento en la época de la llegada de los españoles.

La civilización Azteca era en ese tiempo la más vigorosa, y el imperio que había formado la Triple Alianza de los reyes de Tenochtitlan, Texcoco y Tacuba, asentados los tres en el valle de Méjico, había logrado someter un vasto territorio que se extendía hasta el golfo de Méjico por el oriente; por el poniente hasta los reinos michoacanos, al norte hasta lo que son hoy los estados mexicanos de Querétaro e Hidalgo, y por el sur comprendía extensas zonas que llegaban a los cuatro países centroamericanos hoy designados como Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua.

Verdadero imperio con señoríos tributarios, su poderío se asentaba en un ejército siempre en actividad y que mantenía su cohesión por el odio que inspiraba a las naciones sometidas.

A la llegada de los españoles, la resistencia no fue todo lo grande que pudiera haber sido, primeramente por la habilidad y astucia de los invasores, principalmente la de su valiente caudillo Hernán Cortés, que procuraba triunfar más por el halago y la diplomacia que por la violencia.

En su avance hacia la capital del imperio encontró fuertes resistencias. Pero cuando hubo vencido las iniciales, consiguió convencer a numerosos pueblos de la conveniencia de que se sublevaran contra sus opresores aztecas, y fue tan eficaz esa política que un poco más de un millar de espa-

ñoles, auxiliados por muchas miradas de indígenas que deseaban saciar su sed de venganza, lograron tomar la capital imperial de Tenochtitlan, el 13 de agosto de 1521.

Entre los pueblos opresos cabe señalar a los originarios de Tlaxcala que eran quienes más padecían a manos de los aztecas, pues cada año, en la que éstos llamaban Guerra Florida, procuraban tomarles numerosos prisioneros, para ofrecerlos en sacrificio a su dios Huitzilopochtli, que decía alimentábase con el corazón y sangre de los enemigos de los nahoas o aztecas.

Esa anual contienda mantenía la disciplina de las huestes mejicanas y su cohesión, fundada en el odio de los pueblos a los que tiranizaban y que sabían que sus compatriotas eran muertos y comidos, cuando sus enemigos los cautivaban.

Diversos son los relatos principales de la conquista de Méjico: Las cartas de relación al Emperador y Rey Carlos V de Alemania y I de Castilla, entre otros. Pero el más destacado acaso sea el que escribió el conquistador de Méjico y de Guatemala, Bernal Díaz del Castillo, muerto en 1568, y que participó como actor y testigo de los sucesos que darían a la corona de España el más rico de sus florones, el del reino que por su vastedad y riqueza fue pronto intitulado de la Nueva España.

En toda guerra es indispensable el uso de insignias o vexilos que sirvan no sólo como símbolos de unión, sino también tengan la función práctica de servir de puntos de enlace y referencia a los ejércitos.

No podían fallar los que combatieron en la conquista de Méjico a esa costumbre general.

Por sus características especiales me parece que sería interesante conocer más de esos importantes elementos bélicos.

Desde la primera expedición en la que participó, Bernal cuenta que vió por la co-

sta a indios guerreros con banderas, penachos y atambores.

Nos dice que antes de salir de Cuba Cortés mandó hacer dos estandartes y banderas, labrados de oro con las armas reales y una cruz «de cada parte», con un letrero que decía: «Hermanos y compañeros: sigamos la señal de la Santa Cruz con fé verdadera, que con ella venceremos». Prognóstico que se cumplió.

Ya en Méjico, relata que los indios del Gran Moctezuma llevaban varas muy largas y en cada una una bandera de manta de algodón blanca.

En los combates que se tuvieron cerca de Tlaxcala la bandera tendida la llevaba el alférez Corral, y tanta importancia daba a ésta el Capitán General Cortés, que dijo: «Señores, sigamos nuestra bandera que es la señal de la santa cruz que con ella venceremos.» Y todos le respondieron «que irían mucho en buena hora, que Dios es la fuerza verdadera». Esas batallas las ganaron los de Cortés, que ya tenían como aliados a indios costeros, como los de Zempoala.

En la guerra con los tlaxcaltecas, sus futuros aliados, que estimaba Bernal en cuarenta hombres y que estaban comandados por Xicotenga (Xicoténcatl), dice que éste llevaba una «devisa de blanco y colorado, porque aquella devisa y libra era la de aquel Xicotenga».

Había en Tlaxcala cuatro señores o régulos, y cuenta Bernal que habían juntado a cincuentamil indios y que «habían sacado su bandera y seña que era una ave blanca, tendidas las alas como que quería volar, que parece como avestruz, y cada capitania su devisa y librea, porque cada cacique así las tenían diferenciadas como en nuestra Castilla tienen los duques y condes».

Cuando después vino, ya en paz, el mismo Xicoténcatl acompañado por cincuenta hombres principales, diciendo que si habían combatido a los españoles era porque los creían aliados de Moctezuma, Bernal dice que traían mantas, la mitad blancas y la otra mitad coloradas que eran «su devisa y librea».

Conviene señalar que las rodela con que se defendían los indios tenían diferentes dibujos que pueden considerarse preheráldicos, como se representan en el lienzo o códice de Tlaxcala. Refiere Bernal que los indios de Chinanta que mandó llamar Cortés como aliados tenían banderas tendidas.

Cuando la gran batalla que dió en Otumba Don Hernán, traía el caudillo de los mejicanos «su bandera tendida, con ricas armas de oro y grandes penachos de argentería». El español Salamanca le dió un encuentro a ese capitán con su «buena yegua overa», le dió una lanzada, le quitó su rico penacho, le hizo abatir la bandera y desde entonces aflojó el batallar de los aztecas y, con la ayuda de los tlaxcaltecas, que según Bernal «estaban hechos unos leones», alcanzaron la victoria los de Cortés contra la flor de los guerreros de Méjico, Texcoco y comarcas.

Esa hazaña de Juan de Salamanca fue recordada en el blasón que se le dió en premio.

Además de la bandera que llevaba el alférez Cristóbal del Corral, hace mención Bernal de otras que llevaban los españoles, pero que no describe. A ese alférez que parece haber sido muy valiente lo descalabraron los mejicanos echándole grandes piedras rodadas en un ataque a un peñón y rompiéndole la bandera.

Cuando Cortés mandó fabricar bergantines par sitiar por agua la isla lacustre en la que Tenochtitlan se asentaba, mandó ponder en cada uno banderas reales y otras con nombres.

Ese sitio fue tan arduo que cuenta Bernal que para seguir sus banderas, los sitiadores necesitaban cada día un alférez, pues eran éstos heridos y sus banderas rotas.

Desde entonces se juraba no desamparar las banderas, como relata el Cronista.

Tras de haber oído estos testimonios del Capitán Bernal Díaz del Castillo, digamos algo de lo que es y revela el lienzo de Tlaxcala.

En Méjico, en la época prehispánica, acostumbrábase dibujar documentos pictográficos llamados códices, para conservar el recuerdo de acontecimientos importantes. En ellos se seguían diversas convenciones para indicar que algún personaje hablaba; para marcar un sitio, se señalaba con la pintura de un emblema de qué lugar se trataba; huellas de pies representaban caminos, etc, etc. Estos dibujos, planos y sin perspectiva, eran coloreados para expresar más claramente el propósito del dibujante que los fabricaba. A esos escribas se les llamaba tlacuilos.

Aun cuando todavía se tiene la fortuna de conservar diversos códices precortesianos, la mayor parte de ellos han desaparecido, ora por haber sido destruídos adrede por los enemigos de las culturas mesoamericanas, ora por el decurso natural del tiempo que todo devora.

Estas pictografías se siguieron pintando todavía después de la Conquista, pues los indios estaban acostumbrados a ese modo de expresión.

Hemos dicho que los principales aliados de Cortés fueron los tlaxcaltecas. Seguramente que no todas las promesas que en los días de sus batallas hizo Cortés a sus aliados fueron cumplidas. Sin embargo se les concedió un trato diferente al de los demás pueblos conquistados. En el territorio de Tlaxcala no se fundaron encomiendas y no hubo reparto de tierras a los conquistadores, el régimen administrativo y de propiedad de los tlaxcaltecas se conservó después de la Conquista y no fue sino poco a poco que instituciones españolas fueron empalmándose con las autóctonas de Tlaxcala.

La cristianización fue muy rápida en ese lugar y allí se fundó el primer obispado de la América continental.

La ciudad de Tlaxcala recibió del Emperador Don Carlos y de Doña Juana, su madre, un escudo de armas y el calificativo de Nobilísima, Insigne y Siempre Leal ciudad.

Indudablemente hubo presiones para disminuirles a los tlaxcaltecas sus privilegios y prerrogativas. Probablemente, entre otras razones, para que no fueran presionadas las

autoridades virreinales para otorgar iguales mercedes a otros pueblos.

Para recordar los servicios que habían prestado los tlaxcaltecas a los conquistadores, fue pintada un poco después de la mitad del siglo XVI la pictografía que se conoce con el nombre de «Lienzo de Tlaxcala». Se dice que fue hecha en tres versiones: una para el Rey, otra para el Virrey Don Luis de Velasco y otra más para ser conservada en el ayuntamiento de Tlaxcala.

Las dos primeras han desaparecido desde antaño y la última se perdió a la caída del segundo Imperio mejicano.

Existían, sin embargo, copias; la más antigua de las cuales es la que se sacó por Juan Manuel Yllañes en 1773 y que se conserva en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, en la ciudad de Méjico. Se sacaron otras copias, de las cuales es muy importante la que hizo Diódoro Serrano con calcas, a mediados del siglo pasado. Se tienen noticias de que el Lienzo de Tlaxcala era de algodón y que estaba formado por cuatro lienzos de algodón separados, que medían en promedio 105 centímetros de ancho por 203 de largo. En el primer fragmento aparece la escena principal con siete pequeñas imágenes, en el segundo cinco hileras con 31 escenas, en el tercero otras cinco hileras con 35 imágenes, y en el cuarto dos hileras con catorce escenas. Es indudable que el original tuvo titulares y glosas, pues todas las copias salidas del original las tienen, lo que ayuda a la lectura del lienzo. Tales títulos están escritos en tipo gótico, cerca de las márgenes. Algunas variantes respecto a las glosas se encuentran en las diferentes versiones sobre el Lienzo de Tlaxcala.

Colocado desde el punto de vista vexilológico, no entraré a hacer observaciones de carácter histórico general, ni tampoco me detendré a descripciones etnológicas o geográficas. Sí me parece conveniente señalar que la representación de los indígenas corresponde a la tradición mejicana y, en la de los españoles, es notoria la influencia que en el dibujante tuvo la pintura occidental.

Los penachos de plumas que aparecen en el Lienzo son de gran variedad y colorido y se encuentran cuidadosamente dibujados e iluminados.

Como se trata de una crónica pictográfica de la Conquista, aparecen españoles, tlaxcaltecas y guerreros aztecas.

El Lienzo de Tlaxcala es un repertorio de los vexiloides que usaban las huestes de contrincantes. Los guerreros los llevaban amarrados al torso o a la cintura, sobre un arnés llamado *cacaxtli*, para que sobresalieran y fueran visibles desde lejos. La función de los mismos debe de haber sido la de determinar la táctica guerrera y señalar quienes en ella participaban, muy especialmente a los jefes.

Ya Bernal Díaz del Castillo habla de como, en la batalla de Otumba, la pérdida de un vexiloide determinó la derrota.

Es frecuente ver en el código una garza blanca de largo cuello y gran pico. Era la que simbolizaba al señorío de Tizatlán. La cabeza de un águila con un cuello encorvado y rico plumaje corresponde al señorío de Tepeticpac. Eran estos señoríos dos de los cuatro de Tlaxcala.

Hay otro vexiloide ondulante, de forma serpentina, con ricas plumas ascendentes sobre el asta y rematadas en un penacho; otro representa el sol y estaba hecho con plumas de quetzal – la célebre ave del escudo de Guatemala – y que parece designar a toda Tlaxcala. Tal vexiloide llamábase *quetzaltonatiuh*. Hay banderas largas, angostas y erguidas, llamadas *macuipámitl*. Otra, de menor tamaño, que portaban los guerreros en el hombro, era llamada *cuechécatl*. La que tiene un arreglo de flores rematadas llamábase *quetzalxochpámitl*. Una bandera de color dorado aparece varias veces. Había otra con un *teocáli* coronado de plumas llamado *calzacuali*. Son, sin embargo, tan complicadas estas insignias a los ojos de occidentales que es mejor verlas en vez de describirlas.

Los indígenas usaban prendas distintivas según su jerarquía. Los señores usaban sandalias con taloneras y tocado especial, to-

dos usaban el *maztlatl* o *taparrabos*. Las mujeres vestían enagua y la camisa colgante llamada *huipil* e iban descalzas. Los guerreros aparecen con camisa, cotas, traje de mangas, perneras y paños de cadera. Las ordelas o *chimali* tienen diseños que eran hechos por los amatecas o artistas plumarios. Las mazas o manchas eran de dos clases: con navajas de obsidiana las de los tlaxcaltecas y rematadas en una bola las de los enemigos. En las últimas láminas del Lienzo, que representaban las expediciones a Guatemala, aparecen los indígenas usando, a veces, estoques en vez de macanas. A la nobleza tlaxcalteca permitiéndose también calgar.

Los tlaxcaltecas siempre tuvieron el pelo largo tendido a la espalda, y las mujeres enredado a la cabeza; sus enemigos usaban el cabello mas suelto. Como tocado, era usada una banda torcida alrededor de la cabeza, con una borla de plumas de águila. Diversos ornamentos aparecen en el Lienzo. Son de señalarse las diademas de plumas de águila propias de la mujeres.

Es interesante hacer notar que huellas de la cristianización aparecen en el Lienzo, como son los vexiloides en los que aparece la cruz.

En varias de las láminas del Lienzo de Tlaxcala aparece al lado de Cortés una mujer que tuvo una importancia decisiva en la conquista de Méjico. Trátase de Malintzin, Doña Mariana o la Malinche como también se le conoce y que, por haber tenido trato con españoles desde antes de la llegada del conquistador de las tierras mejicanas, pudo servirle a éste de intérprete y de inmensa ayuda. Era india noble o como se decía también, *cacica*. Algunas veces aparece con arreos militares que señalan su activa participación.

En una de las láminas de este lienzo aparece, llevada por un tlaxcalteca, la insignia méjica que fue arrebatada por los españoles en Otumba en 1520 y que fue obsequiada al régulo de Tlaxcala, *Machichcatzin*, y que los aztecas llamaban *tlahuizmatlaxopilli*, ornada a los lados y en la copa de numerosas plumas.

* * *

Es importante señalar que desde la conquista de Tenochtitlan el 13 de agosto de 1521, el día de San Hipólito, fue este Santo patrono de la ciudad de Méjico. Cada año, hasta la independencia, se hacía lo que se llamaba el «Paseo del Pendón» en el que el

alférez mayor del Virreinato cabalgaba acompañado de un lucido cortejo por las calles principales de la ciudad hasta el palacio real. Tal pendón es conservado en el Museo Nacional de Historia y muestra una imagen de la Santísima Virgen.

Vexilloïdes dans la conquête du Mexique

THÉODORE AMERLINCK

Membre de l'Académie Internationale d'Héraldique

Resumé:

A l'époque du cincentième anniversaire de la rencontre – ou serait-ce la retrouvaille? – de l'Europe et de l'Amérique, il est bon de rappeler que la conquête du Mexique par l'Espagne fut un des événements les plus importants de l'Histoire du Monde.

Le Mexique a été durant des millénaires le siège de grandes cultures et civilisations. Parmi elles, au moment de l'arrivée des Espagnols, la civilisation Aztèque était la plus florissante. La Triple Alliance des rois de Tenochtitlan (Mexico), Texcoco et Tacuba avait soumis un territoire qui allait du Golfe du Mexique jusqu'au Nicaragua et au Pacifique.

C'est avec une armée toujours active, dont la cohésion était assurée par la haine qu'elle inspirait aux peuples conquis que le grand empire Aztèque se soutenait. A l'arrivée des Espagnols, dirigés par l'astucieux Cortès, celui-ci profita des rancœurs des nations soumises pour dompter leur résistance.

Avec l'aide qu'ils obtinrent des vassaux révoltés et avec, seulement, un peu plus d'un millier d'Espagnols, Cortès put vaincre la défense acharnée des Aztèques et conquérir Mexico, le 13 août 1521.

Parmi les alliés des Espagnols, ceux originaires de Tlaxcala furent les plus nombreux et les plus efficaces. Ceux-ci voulaient se venger de la guerre que les Aztèques leur faisaient tous les ans pour offrir le cœur des Tlaxcalteques captifs à leur dieu Huitzilopochtli et donner leurs cadavres en pâture au peuple.

Comme dans toutes les guerres, les troupes qui participèrent aux combats qui se déroulèrent lors de la conquête du Mexique, avaient besoin de points de ralliement et de référence.

Si, d'une part, Cortès avait commandé deux étendarts portant les armes royales d'un côté et une croix avec une devise de l'autre, les Indiens, eux aussi, portaient des grandes perches avec des bannières.

Le chroniqueur Bernal Díaz del Castillo raconte que chaque capitaine Indien avait sa propre enseigne, comme en Espagne, disait-il, les Seigneurs en avaient.

On doit signaler qu'aussi les boucliers des guerriers Indiens avaient des dessins spéciaux, qu'on peut dire préhéraldiques.

On avait l'habitude, au Mexique, de faire des documents pictographiques ou codex, pour conserver le souvenir des événements importants. Diverses conventions indiquaient si le personnage dépeint parlait; chaque lieu était désigné par un

symbole spécial; les chemins étaient indiqués par des traces de pieds, etc. Ces peintures étaient plates, sans perspective et colorisées, et étaient faites par des spécialistes.

Bien qu'en majorité elles aient disparu, on en conserve quelques-unes.

L'un des codex les plus intéressants est celui qu'on appelle «Le tissu de Tlaxcala» (Lienzo de Tlaxcala) fait au milieu du XVI^{ème} siècle, pour rappeler les services rendus par les Tlaxcaltèques à la Couronne d'Espagne.

Ce tissu est en coton, formé par quatre fragments de 203 cm de longueur et 105 cm de largeur. 87 scènes y sont représentées. Des titres en Espagnol aident à l'interprétation.

Les Indigènes sont représentés selon la tradition ancienne; pour ce qui est des Espagnols, le dessinateur a subi l'influence occidentale.

Espagnols, Tlaxcaltèques et leurs ennemis y sont montrés. C'est un véritable répertoire de vexilloïdes.

Les guerriers portaient leurs enseignes montées sur une grande perche attachée à la ceinture qui leur laissait libres les bras pour combattre.

La perte d'un des vexilloïdes, à la bataille d'Otumba, détermina le désarroi des Aztèques. Un blanc héron, à grand cou et fort bec, représentait la seigneurie de Tizatlan. Une aigle au cou courbé et un riche plumage, celle de Tepectipac. Un autre vexil-

loïde ondoyant, de forme serpentine, aux riches plumes qui remontaient sur la perche et finissait panache, s'y trouve. Un autre figurant le soleil, fait de plumes de quetzal (le célèbre oiseau des armoiries du Guatemala), semble désigner toute la nation Tlaxcaltèque.

On voit des fanions longs et étroits dressés; d'autres, plus petits, étaient supportés sur une épaule. On apprécie des arrangements avec des fleurs. Une bannière dorée, avec un autel surmonté de plumes est plusieurs fois visible.

Les indigènes portaient différentes sortes de sandales ou panaches, selon leur hiérarchie. Les femmes sont toujours nu-pieds.

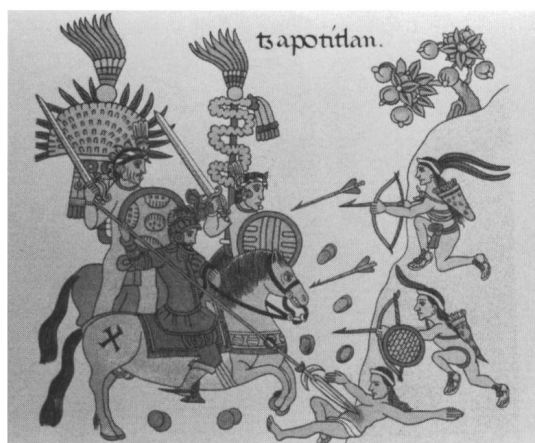
Les massues des Tlaxcaltèques étaient munies de lames en obsidiane; celles de leurs ennemis indigènes finissaient par une boule.

Dans les dernières scènes, qui montrent la conquête du Guatemala, il y a des fois où les Tlaxcaltèques portent un glaive, au lieu d'une massue; ce qui était un signe de confiance des Espagnols qui autorisèrent même, à la noblesse de Tlaxcala, à chevaucher.

L'enseigne enlevée aux Aztèques à Otumba, ornée aux côtés et au sommet de nombreuses plumes, paraît à plusieurs reprises.

Jusqu'à aujourd'hui on conserve, au Musée d'Histoire de Mexico, l'étendard de Cortès, qui, au temps de la Viceroyauté de la Nouvelle Espagne, était porté tous les jours anniversaires de la reddition de cette ville dans une parade.

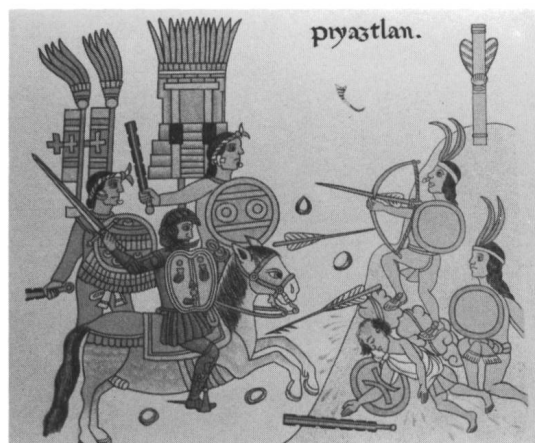
Adresse de l'auteur:
Teodoro Amerlinck y Zirión
Calle de los Tres Picos 17
11580 Mexico 5, D.F.
Mexique



1



4



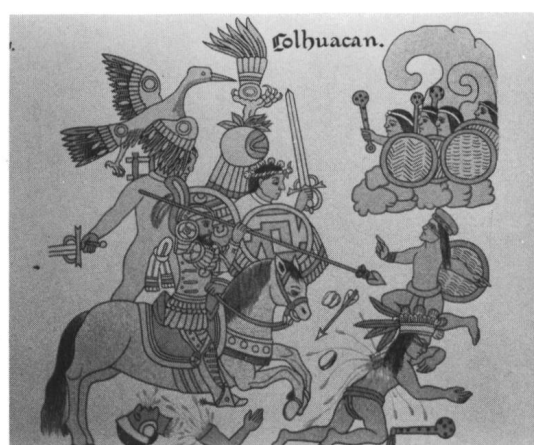
2



5



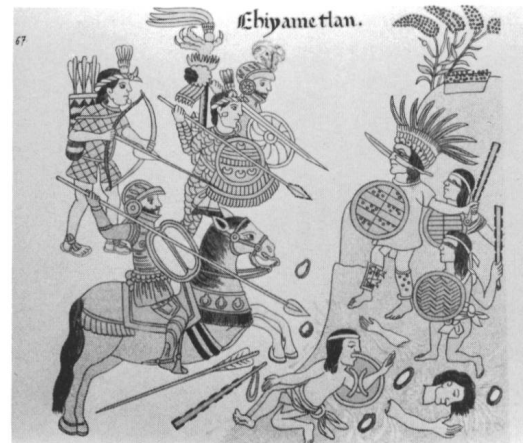
3



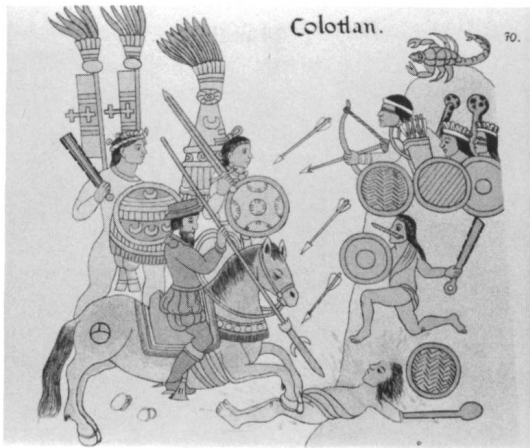
6



7



10



8



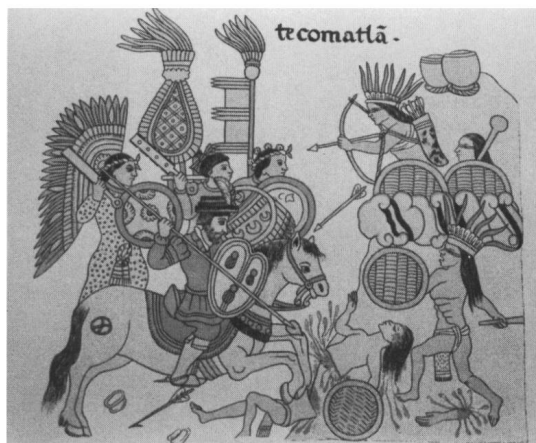
11



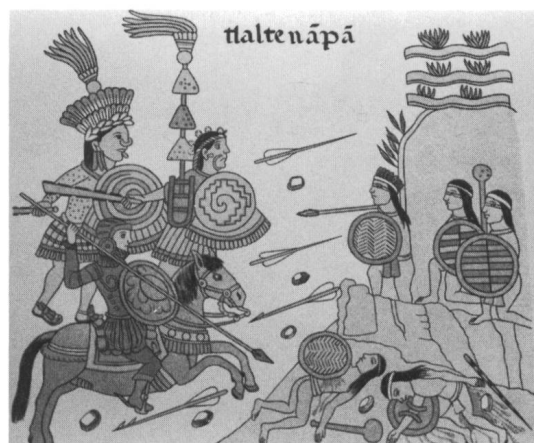
9



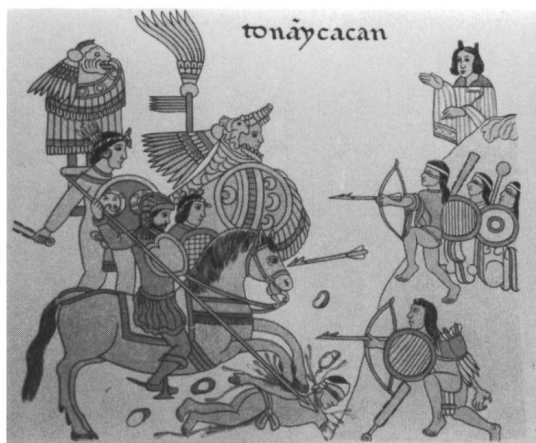
12



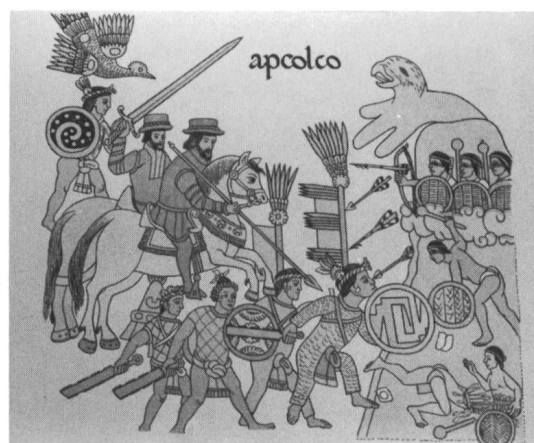
13



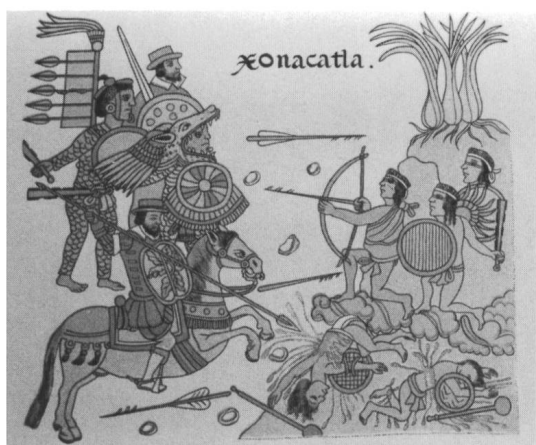
16



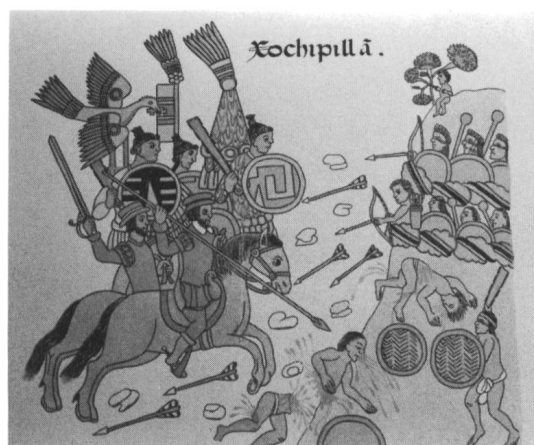
14



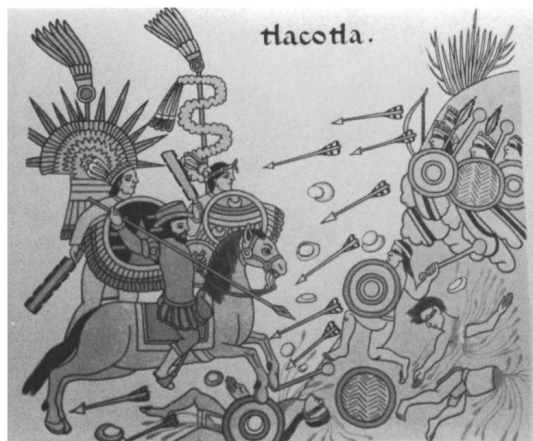
17



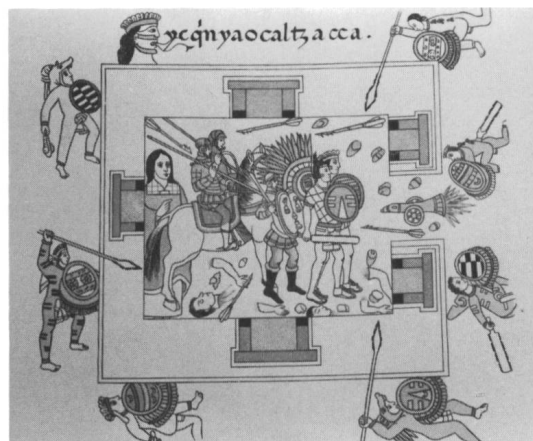
15



18



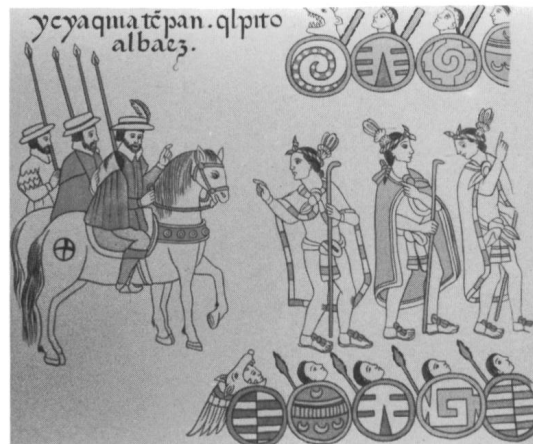
19



22



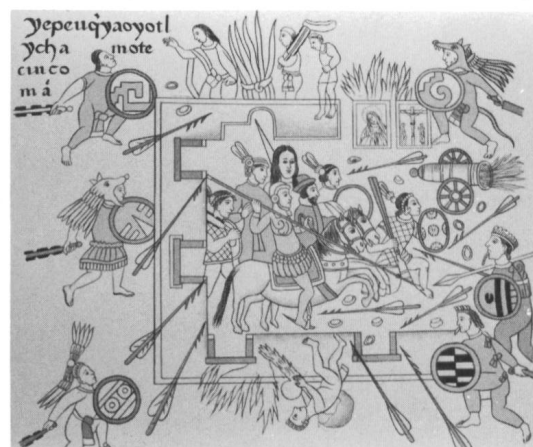
20



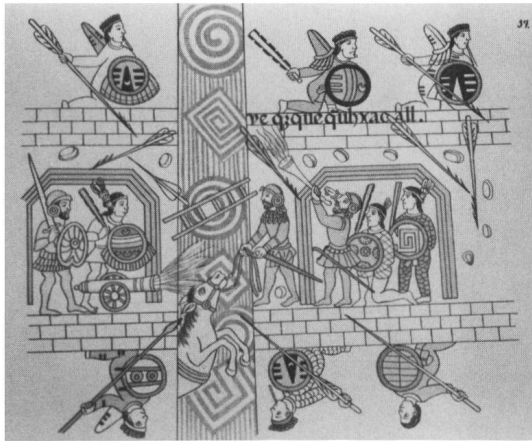
23



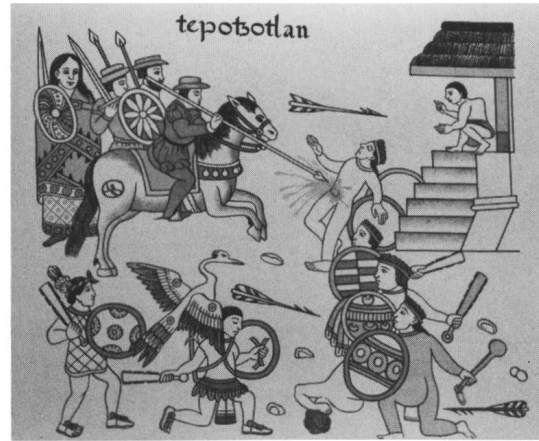
21



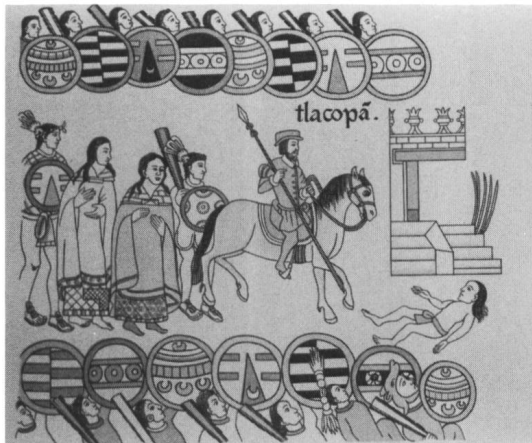
24



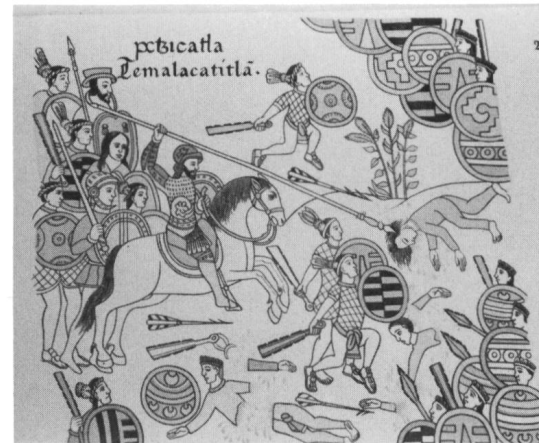
25



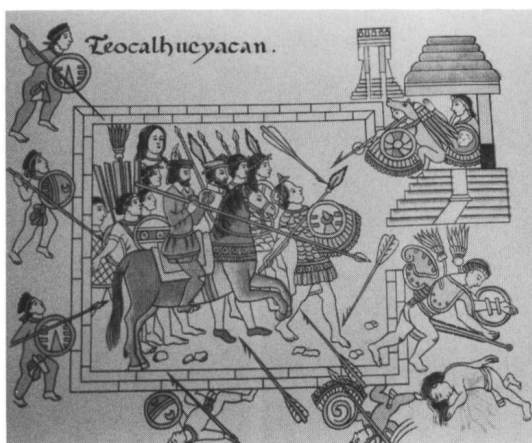
28



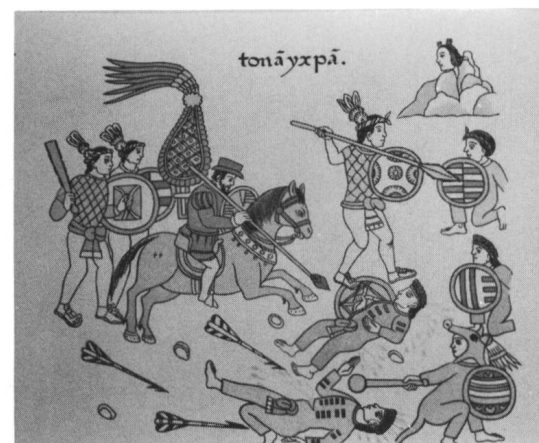
26



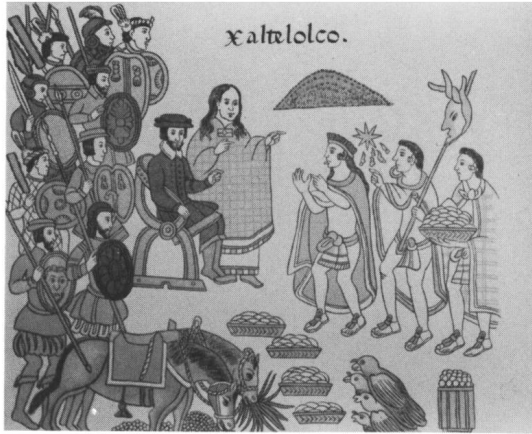
29



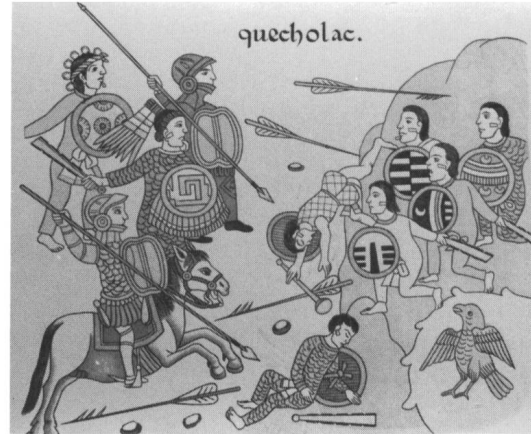
27



30



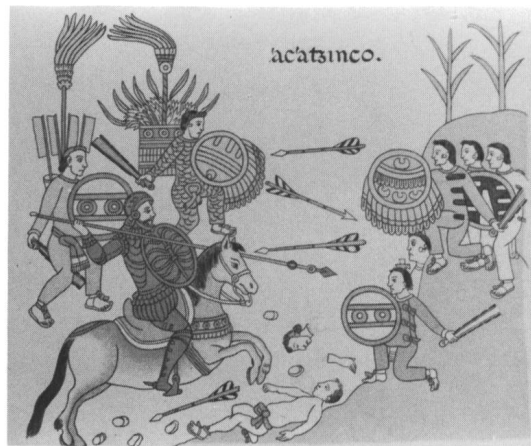
31



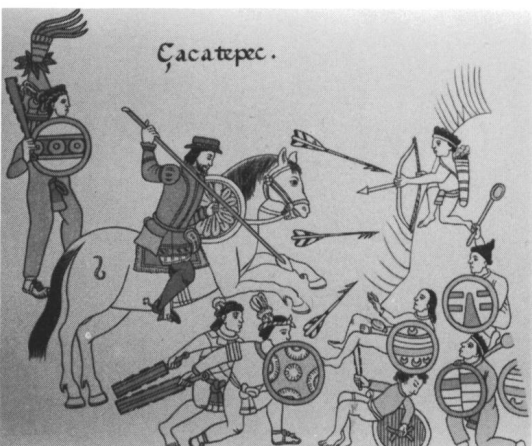
34



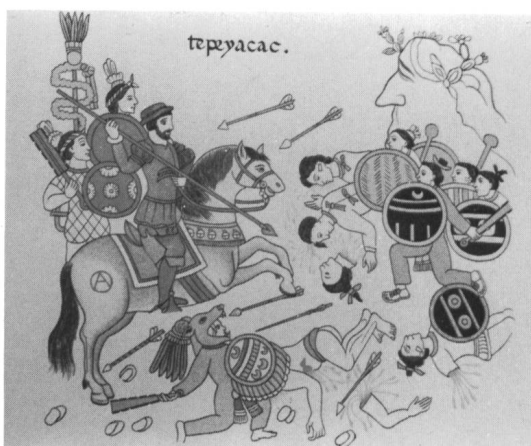
32



35



33



36